

La señora Raquín agradeció en su interior la seriedad de los novios.

Una alegría estrepitosa hubiera herido á la pobre madre.

Para ella, su hijo estaba allí, invisible, poniendo á Teresa en poder de Lorenzo.

Grivet, que no participaba de aquellas ideas, encontró la boda triste, y procuró inútilmente animarla, á pesar de las miradas de Michaud y de Olivier, que le clavaban en la silla cada vez que quería levantarse para decir alguna estupidez.

Una vez logró levantarse y brindar:

—¡Bebo por los hijos del señor y de la señora!— dijo en tono resuelto.

Hubo que brindar.

Teresa y Lorenzo se habían puesto extremadamente pálidos al oír la frase de Grivet.

Nunca habían pensado en que tal vez tendrían hijos.

Este pensamiento les produjo un calofrío glacial.

Chocaron sus vasos con un movimiento nervioso, y se miraron sorprendidos, de encontrarse allí, frente á frente.

La comida terminó temprano, y los convidados quisieron acompañar á los esposos hasta la cámara nupcial.

Eran poco más de las nueve y media cuando la boda entró en la tienda del pasaje.

La vendedora de alhajas falsas se encontraba todavía en su escaparate ante la caja guarnecida de terciopelo azul: levantó la cabeza y miró á los recién casados sonriendo.

Estos sorprendieron la mirada y se espantaron.

Tal vez aquella vieja había notado sus antiguas citas, tal vez vió á Lorenzo deslizarse por el estrecho corredor.

Teresa se retiró casi en seguida con la señora Raquín y Susana.

Los hombres permanecieron en el comedor mientras la desposada arreglaba su tocado de noche.

Lorenzo no sentía impaciencia alguna, y oía con complacencia las groseras bromas del viejo Mi-

chaud y de Grivet, que se aprovechaban de la ausencia de las señoras.

Cuando Susana y la madre Raquín salieron del cuarto nupcial, y la anciana tendera dijo conmovida al joven que su mujer le esperaba, Lorenzo se estremeció y quedó como espantado algunos instantes.

Luego estrechó febrilmente las manos que le tendían y entró en la habitación de Teresa, deteniéndose junto á la puerta como un borracho.

XXI

Lorenzo cerró la puerta cuidadosamente y permaneció un instante apoyado en ella, examinando la habitación con ademán inquieto.

En la chimenea brillaba un fuego vivo, lanzando largos fulgores amarillentos, que danzaban por el techo y en las paredes.

La habitación estaba alumbrada por luz viva y movediza, y la lámpara, colocada sobre una mesa, palidecía en medio de aquel resplandor.

La señora Raquín había querido arreglar coquetamente el gabinete, y lo había dejado muy blanco y perfumado, como destinado á servir de nido á jóvenes y frescos amores.

Habíase complacido en añadir á la cama algunas puntillas y en adornar con grandes ramos de rosas los jarrones de la chimenea.

Reinaba un calor apacible impregnado de tibios olores.

El ambiente estaba cargado de una especie de vaho adormecedor y voluptuoso.

En medio del silencio estremecedor, el chisporroteo del hogar producía tenues ruidos secos.

Hubiérase dicho que aquel cuarto era un desierto feliz, un rincón oculto, caliente y cerrado á todos los gritos de la calle; uno de esos rincones contruidos y adornados para la sensualidad y las exigencias del misterio de la pasión.

Teresa estaba sentada en una silla baja, á la de-

recha de la chimenea, con la barba apoyada en la mano, mirando fijamente las llamas.

No volvió la cabeza, cuando entró Lorenzo.

Vstida con una enagua y una chambra adornada de encajes, veíase su figura de una blanchura viva iluminada por los ardientes destellos de la lumbre; su chambra se abría y dejaba al descubierto un hombro sonrosado, medio oculto por una gueja de cabellos negros.

Lorenzo adelantóse algunos pasos sin hablar.

Quitóse la levita y el chaleco, y cuando estuvo en mangas de camisa, miró á Teresa, que no se había movido.

Pareció titubear, pero luego que percibió el hombro de la joven se inclinó estremecido para imprimir sus labios en aquel pedazo de piel desnuda.

Teresa retiró su hombro, y volviéndose bruscamente, fijó en Lorenzo una mirada tan extraña é impregnada de repugnancia y de terror, que él retrocedió turbado y disgustado como poseído á su vez de terror y de desagrado.

Entonces sentóse enfrente de Teresa, al otro lado de la chimenea, y permanecieron callados é inmóviles durante más de cinco minutos.

A cada momento se escapaban de la leña llamas rojizas, y entonces corrían reflejos sanguinolentos por el rostro de los asesinos.

Hacia casi dos años que los amantes no se habían hallado encerrados en aquella misma habitación sin testigos; pudiendo entregarse el uno al otro, no habían tenido ninguna cita de amor desde el día en que Teresa fué á la calle Saint-Victor para inspirar á Lorenzo la idea del asesinato.

Apenas se habían permitido de tarde en tarde un apretón de manos, un beso furtivo.

Después del asesinato de Camilo, cuando nuevos deseos les abrasaron, se contuvieron esperando la noche de la boda, y prometiéndose locas voluptuosidades, luego que tuvieran asegurada la impunidad.

Al fin llegó la noche de bodas, y ambos se ha-

llaban frente á frente, angustiados y poseídos de malestar repentino.

Bastábales tenderse los brazos para estrecharse en apasionada caricia, y sus brazos parecían flojos, como cansados y ahitos de amor; la agitación del día les había aplastado.

Mirábanse sin deseo, con medroso embarazo, sufriendo al sentirse tan silenciosos y fríos.

Sus ensueños abrasadores acababan en una extraña realidad; bastaba que los labios de Lorenzo hubiesen rozado el hombro de Teresa, para que su lujuria quedase satisfecha hasta el desaliento y el terror.

Los dos pusiéronse á buscar en su interior algo de aquella pasión que antes les abrasaba.

Parecíales que su piel estaba vacía de músculos, vacía de nervios, y su embarazo y su inquietud crecían. Hasta sintieron vergüenza de permanecer de aquella manera, mudos y melancólicos.

Hubieran querido tener valor para estrecharse y destrozarse, para no parecer imbéciles á sus propios ojos.

¡Cómo! Se pertenecían, habían matado á un hombre y representado una comedia para poder entregarse á una voluptuosidad interminable, y ahora estaban allí, junto á la chimenea, indiferentes, aniquilados, con el espíritu turbado y la carne muerta.

Tal desenlace acabó por parecerles cruelmente ridículo, y Lorenzo trató de hablar de amor, de evocar los recuerdos, de hacer un llamamiento á su imaginación para resucitar sus ternuras.

—Teresa—dijo inclinándose hacia la joven,—¿te acuerdas de nuestras tardes en esta habitación?... Yo entraba por aquella puerta... Hoy he entrado por esta... Somos libres; podemos amarnos sin zozobras.

Hablaba con voz temblorosa y suave.

La joven acurrucada en la silla baja, miraba siempre el fuego de la chimenea, pensativa y sin escuchar.

Lorenzo prosiguió:

—¿Te acuerdas? Tenía un deseo: quería pasar contigo una noche entera, dormirme en tus brazos y ser despertado al día siguiente por tus besos. Voy á satisfacer este anhelo.

Teresa hizo un movimiento brusco, como sorprendida de oír una voz que balbuceaba en su oído.

Se volvió hacia Lorenzo, sobre cuyo rostro la lumbre arrojaba en aquel instante un reflejo rojizo.

Al ver aquel rostro, se estremeció.

El joven, más turbado, más inquieto, insistió diciendo:

—Hemos alcanzado nuestro propósito; hemos destruído todos los obstáculos y nos pertenecemos. El porvenir es nuestro, ¿no es cierto? un porvenir de dicha tranquila, de amor satisfecho. Camilo ya no existe...

Lorenzo se detuvo.

Tenía la garganta seca, se ahogaba y no pudo continuar.

El nombre de Camilo fué para Teresa un golpe en las entrañas.

Los dos asesinos se contemplaron atontados, pálidos y temblorosos.

Los fulgores rojizos y amarillentos de la chimenea danzaban sin cesar por el techo y por las paredes, se percibía el tibio olor de rosas, y el chisporrotear de la leña producía ruidos secos en medio del silencio.

Los recuerdos habían acudido.

El espectro de Camilo, evocado, acababa de colocarse entre los recién casados enfrente del hogar.

Teresa y Lorenzo aspiraban otra vez el olor frío y húmedo del ahogado en el ambiente cálido que les rodeaba.

Parecía que había un cadáver junto á ellos, se miraban uno á otro, y no osaban moverse.

Entonces toda la historia del crimen se desarrolló en su memoria.

El nombre de su víctima bastó para abismarles

en el pasado, para obligarles á vivir de nuevo las angustias del asesinato.

No abrieron los labios, pero se miraron, y ambos sintieron á la vez la misma pesadilla, y mutuamente refiriéronse con la mirada la misma historia cruel.

Este cambio de miradas aterradas, la narración muda que iban á hacerse del asesinato, causóles una impresión aguda é intolerable.

Sus nervios, que se ponían rígidos, les amenazaban con una crisis.

Tal vez acabarían por gritar y por pegarse.

Lorenzo, para desechar los recuerdos, arrancóse súbitamente al éxtasis de pavor en que le había sumido la mirada de Teresa; dió algunos pasos por la habitación, quitóse las botas y se puso zapatillas; después volvió á sentarse en el rincón de la chimenea y procuró hablar de cosas indiferentes.

Teresa comprendió su deseo, y se esforzó por responder á sus preguntas.

Hablaron de la lluvia y del buen tiempo, empeñándose en entablar una conversación ligera.

Lorenzo dijo que hacía calor en la estancia, pero Teresa indicó que, sin embargo, pasaban corrientes de aire por debajo de la puertecita de la escalera.

Ambos se volvieron hacia aquella puerta con un estremecimiento.

El joven se apresuró á hablar de las rosas, del fuego, de todo lo que veía, y ella se esforzaba por contestarle, buscando monosílabos para que no decayese la conversación; se habían apartado algo; se mostraban más tranquilos; procuraban olvidar lo que eran y tratarse como los extraños á quienes una casualidad cualquiera hubiese reunido.

Y á su pesar, por un extraño fenómeno, mientras pronunciaban palabras indiferentes, adivinaban mutuamente los pensamientos que disimulaban bajo la banalidad de su conversación.

Inevitablemente pensaba en Camilo; su mirada continuaba el relato del pasado; todo su sér se

reconcentraba en el cambio silencioso de sus espantosos recuerdos, y sus palabras eran incoherentes y hasta contradictorias.

Cuando Lorenzo hablaba de las rosas ó del fuego, de esto ó de lo otro, Teresa comprendía perfectamente que él la recordaba la lucha en la barca y la caída sorda de Camilo. Cuando ella contestaba *si ó no* á cualquier pregunta insignificante, Lorenzo comprendía que ella le contestaba si se acordaba ó no, de algún detalle del crimen, y así conversaban libremente, con el corazón abierto, sin necesidad de palabras y hasta hablando de otros asuntos.

Aquella especie de adivinación, aquella tenacidad de su memoria en presentarles sin cesar la imagen de Camilo, les enloquecía poco á poco, y comprendieron claramente que si no se callaban las palabras, iban á subirles á los labios, y nombrarían al ahogado, y describirían el asesinato.

Entonces apretaron con fuerza los labios y terminaron la conversación.

En el imponente silencio que siguió, los dos asesinos se preocupaban aún de su víctima.

Parecíales que sus miradas penetraban mutuamente en su carne, y clavaban en ellos frases limpias y agudas. A veces creían que allí cerca hablaban en voz alta, sus sentidos se fundían y su vista se convertía en una especie de oído extraño y delicado.

Leían tan claramente sus pensamientos en sus propios semblantes, que éstos resonaban de un modo extraño, estridente, que sacudía todo su organismo; no se habrían entendido mejor si hubiesen dicho con voz desgarradora:

—«Nosotros hemos asesinado á Camilo, y su cadáver está aquí, echado entre los dos, helando nuestros miembros».

Y las terribles confidencias surgían cada vez más visibles, más resonantes por el ambiente tranquilo y suave de la cámara nupcial.

Lorenzo y Teresa habían comenzado la muda narración el día de su primera entrevista en la tienda.

Después los recuerdos llegaron uno á uno por su orden; se habían contado las horas de deleite, los momentos de duda y de cólera, el terrible instante del asesinato.

Entonces fué cuando sellaron sus labios, cesando de conversar, por temor de nombrar á Camilo involuntariamente.

A pesar de ello, pasó por su mente toda la historia y llegaron á pensar en el cadáver del ahogado, tendido sobre una losa de la Morgue.

Lorenzo, con una mirada, manifestó todo su terror á Teresa; y ésta, ya en el colmo del delirio, como obligada por una mano de hierro á despegar sus labios, continuó de repente la conversación en voz alta:

—¿Le viste en la Morgue?—preguntó á Lorenzo sin nombrar á Camilo.

El parecía esperar aquella pregunta, pues hacía rato que la leía en el lívido semblante de joven.

—Sí,—repuso con voz ahogada.

Ambos se estremecieron y se aproximaron al fuego, extendiendo sus manos hacia la llama, como si hubiera soplado un viento glacial en la caliente habitación.

Guardando silencio por algunos momentos, encogidos, pegados uno á otro.

Después Teresa repuso sordamente:

—¿Parecía que había sufrido mucho?

Lorenzo no pudo contestar.

Hizo un gesto de horror, como para alejar una visión repugnante.

Se levantó, dirigióse hacia la cama, y volvió violentamente, con los brazos abiertos, dirigiéndose hacia Teresa.

—Bésame,—dijo tendiendo su cuello.

Teresa se había levantado pálida y vacilante, casi cayéndose, y apoyando un codo en el mármol de la chimenea.

Miró al cuello de Lorenzo.

En la blancura de la piel acababa de ver una mancha rosada.

La sangre, que se agolpaba á la cabeza del joven,

marcó todavía más aquella mancha, dándole un tinte rojo subido.

—¡Bésame! ¡Bésame!—repetía Lorenzo con el rostro y el cuello encendidos.

Teresa volvió el rostro rehuendo besar, y apoyando la punta del dedo sobre la mordedura de Camilo, preguntó á su marido:

—¿Qué tienes aquí? Jamás te he visto esa cicatriz.

A Lorenzo parecióle que el dedo de Teresa le atravesaba el cuello, y á su contacto retrocedió bruscamente y exhaló un ligero grito de dolor.

—Esto...—respondió balbuceando,—esto...

Vaciólo, pero no pudo mentir, y dijo la verdad á pesar suyo.

—Camilo me mordió en la barca... sabes... no es nada; ya está curado... ¡Bésame! ¡bésame!

Y él miserable tendía el cuello, que le ardía, y deseaba que Teresa le besase en la cicatriz, creyendo que los labios de aquella mujer aplacarían las punzadas que le desgarraban la carne.

Teresa, casi echada en el mármol de la chimenea, hizo un gesto de suprema repugnancia, y exclamó con voz suplicante:

—Oh, no, ahí no... Ahí tienes sangre...

Y volvió á caer sobre su silla baja, estremeciéndose, con la frente entre las manos.

Lorenzo quedó atontado.

Bajó la barba y miró atentamente á Teresa. De pronto, con un apretón de bestia fiera, le cogió la frente entre sus anchas manos, y por fuerza la hizo poner los labios sobre su cuello en la mordedura de Camilo.

Retuvo y estrujó un instante contra su piel aquella cabeza de mujer.

Teresa se había abandonado, quejándose silenciosamente y sofocada contra el cuello de Lorenzo.

Cuando pudo desprenderse de sus manos, se limpió los labios con violencia y escupió en el suelo.

No pronunció ni una sola palabra.

Lorenzo, avergonzado de su brutalidad, se puso

á pasear con lentitud desde el lecho á la ventana.

El horrible escozor le hizo exigir un beso de Teresa, y cuando los labios de ésta se posaron fríos sobre la cicatriz, fué aun mayor su sufrimiento.

Aquel beso obtenido por la violencia le había lastimado.

Por nada del mundo hubiera querido recibir un segundo beso.

¡Tan doloroso le pareció el choque de aquellos labios!

Miraba á la joven con quien debía vivir que se estremecía junto al fuego, y se decía que no amaba ya aquella mujer y que ella ya tampoco le quería.

Durante una hora Teresa permaneció callada y Lorenzo estuvo paseando.

Confesaban mutuamente en su interior que su pasión estaba muerta y que habían matado sus deseos de matar á Camilo.

El fuego se consumía lentamente, y sólo brillaba un gran brasero rosado de cenizas.

Poco á poco el calor se había hecho sofocante, las flores se marchitaban y cargaban el aire con sus olores pesados.

De pronto Lorenzo creyó tener una alucinación.

Al volver en su paseo desde la ventana al lecho, vió á Camilo en un rincón donde no daba la luz, entre la chimenea y el armario de luna.

El rostro de su víctima estaba verdoso y alterado, tal como él le había visto sobre una losa de la Morgue.

Lorenzo se quedó clavado sobre la alfombra, desfallecido, apoyándose en un mueble.

Lanzó un grito ahogado y Teresa levantó la cabeza.

—¡Ahí! ¡ahí!—balbuceó Lorenzo con voz aterrada.

Y con el brazo extendido señalaba al rincón obscuro en que percibía el siniestro semblante de Camilo.

Teresa, vencida por el espanto, fué á agarrarse de su marido.

—¡Es su retrato!—murmuró ella en voz baja como si la figura pintada de su antiguo marido hubiese podido oírlo.

—¡Su retrato!...—repitió Lorenzo, cuyos cabellos se ponían de punta.

—Sí, ya sabes; el retrato que tú mismo hiciste. Mi tía debía habérselo puesto en su cuarto y se habrá olvidado de descolgarlo.

—¡Ah! sí, es verdad. Es su retrato.

El asesino no acertaba á reconocer el lienzo, y en su turbación no recordaba que él mismo había pintado aquellos rasgos mal trazados, y extendido aquellas tintas sucias que le espantaban.

El horror le hacía ver el cuadro tal cual era, innoble, mal compuesto, cenagoso, mostrando sobre un fondo negro una cara con muecas de cadáver.

La obra le aferraba con su atroz fealdad; tenía, sobre todo, unos ojos blancos flotando en unas órbitas amarillentas, que le recordaban exactamente los ojos podridos del ahogado de la Morgue.

Quedóse algunos momentos anheloso, creyendo que Teresa mentía para tranquilizarle.

Luego que distinguió bien el lienzo, se tranquilizó poco á poco.

—Descuélgalo—dijo á Teresa en voz baja.

—Oh, no. Tengo miedo,—respondió ella estremeciéndose.

Lorenzo se echó á temblar.

A su vista desaparecía el cuadro, y no veía sino los dos ojos blancos, que le miraban fijamente.

—¡Yo te lo ruego!—repitió suplicando á su compañera.—Ve á descolgarlo.

—¡No! ¡no!...

—Le volveremos de cara á la pared, y ya no tendremos miedo.

—No, yo no puedo...

El asesino, cobarde y rastrero, impella a su mujer hacia el cuadro, ocultándose tras de ella para sustraerse á las miradas del ahogado.

Pero ella huyó, y él quiso entonces echárselas

de audaz: acercóse al lienzo y levantó la mano para buscar el clavo...

Entonces el retrato lanzó una mirada tan atemoradora, tan innoble, tan sostenida, que Lorenzo, después de haber querido luchar, resistiéndola, fué vencido y retrocedió murmurando:

—No. Tienes razón, Teresa, no podemos. Tu tía le descolgará mañana.

Volvió á pasear como antes de un extremo á otro, con la cabeza baja, pensando en que el retrato le miraba, que le seguía con los ojos.

Tampoco él podía dejar de mirarle de cuando en cuando, y entonces, en el fondo de la sombra, veía siempre las miradas mortecinas del ahogado.

La idea de que Camilo estaba allí, en un rincón, acechándole, asistiendo á su noche de bodas, examinando á Teresa y á él, acabó por enloquecerle de terror y de desesperación.



Un hecho de que cualquiera otro se habría reído, le hizo perder completamente la cabeza.

Hallándose delante de la chimenea, oyó un rumor cual si alguien arañase.

Palideció y se imaginó que aquel ruido procedía del retrato, y que Camilo descendía del cuadro.

Comprendió después que el ruido procedía de la puerta pequeña que daba á la escalera, y miró á Teresa, que también estaba llena de miedo.

—Alguien hay en la escalera—dijo.—¿Quién puede venir por ahí?

La joven no respondió.

Ambos pensaban en el ahogado y un sudor frío mojaba sus sienes.

Refugiáronse en el fondo de la habitación, esperando que la puerta se abriría bruscamente y caería sobre el pavimento el cadáver de Camilo.

El ruido continuaba cada vez más seco, más irregular, y ellos creyeron que su víctima levantaba la puerta con las uñas para entrar.

No se atrevieron á moverse.

Al fin se oyó un maullido, y acercándose Lorenzo, conoció que era el gato atigrado de la señora Raquín que se había quedado encerrado en la habitación, y que procuraba salir, sacudiendo la puercecilla con sus garras.

«Francisco,» que tuvo miedo de Lorenzo, saltó sobre una silla, y con el pelo erizado y las patas estiradas, miraba de frente á su nuevo amo, con ademán feroz.

Al joven no le gustaban los gatos, y «Francisco» casi le asustaba.

En aquella hora de fiebre y de terror, creyó que el gato iba á saltarle á la cara para vengar á Camilo.

Aquella bestia debía saberlo todo, y en sus ojos redondos, extrañamente dilatados, brillaba un montón de pensamientos.

Lorenzo cerró los párpados ante la mirada fija del felino, é iba á darle un puntapié, cuando Teresa gritó:

—No le hagas daño...

Este gritó le causó una extraña impresión, sugiriendo en su cerebro una idea absurda.

—Camilo ha entrado en este gato...—pensaba.—Es necesario que yo mate á esta bestia... Parece una persona.

No le dió con el pie, temiendo oír á «Francisco» hablarle con el timbre de voz de Camilo; luego recordó las chanzas de Teresa en tiempo de sus placeres, cuando el gato era testigo de los besos que cambiaban.

Dijose que aquel animal sabía demasiado, y que era preciso arrojárselo por la ventana, pero no tuvo valor para cumplir su designio.

«Francisco» se mantenía en actitud guerrera: sacando las uñas y enarcando el lomo, y espiaba los menores movimientos de su enemigo con soberbia tranquilidad.

Lorenzo turbóse ante el brillo metálico de los ojos del gato; se apresuró á abrirle la puerta del

comedor, y el animal escapó dando un agudo maullido.

Teresa se había sentado de nuevo ante la apagada chimenea, y Lorenzo reanudó su paseo desde la cama á la ventana, y así esperaron el día.

No pensaron en acostarse; su carne y su corazón estaban completamente muertos.

Sólo sentían el deseo de salir de aquella habitación.

Les producía verdadero malestar el hallarse encerrados juntos y respirar el mismo aire.

Hubieran querido que alguien estuviere con ellos é interrumpiese el cruel embarazo que les producía permanecer allí, sin hablar y sin poder reavivar su extinguida pasión.

Los largos silencios les atormentaban, pues estaban cargados de quejas amargas y desesperadas, de mutuos reproches.

El día llegó, sucio, blanquecino y amenazando un frío penetrante.

En cuanto la habitación estuvo iluminada por la pálida claridad de la aurora, Lorenzo, que tiritaba, se sintió más tranquilo, miró el retrato de Camilo, y le vió tal cual era, banal y pueril; y lo descolgó, encogiéndose de hombros y tratándose de necio.

Teresa se levantó, y deshizo la cama para enganar á su tía, á fin de hacerla creer que habían pasado una noche feliz.

—Esto es—dijo brutalmente Lorenzo,—yo espero que esta noche dormiremos ¿verdad... Estas niñerías no pueden durar.

Teresa le dirigió una mirada grave y profunda.

—Tú comprenderás—prosiguió él, que no me he casado para pasar las noches en claro. Somos unos niños. Tú me has turbado con tus aprensiones del otro mundo. Esta noche procura estar más contenta y no asustarme.

—Trataré de hacerlo,—respondió fríamente

Así pasaron Teresa y Lorenzo su noche de novios.

XXII

Las siguientes fueron más crueles todavía.

Los asesinos habían querido ser dos para defenderse por la noche del ahogado, y por un extraño efecto, desde que se encontraban juntos, temblaban más.

Sus nervios se excitaban con mayor violencia y sufrían crisis atroces de terror al cambiar una palabra insignificante, una mirada, y después de la más sencilla conversación, ó de la menor confianza, veían todo encarnado, y deliraban.

La naturaleza seca y nerviosa de Teresa influía sobre la sanguínea de Lorenzo.

Antes, en los días de pasión, la diferencia de temperamento había hecho de este hombre y de esta mujer una pareja poderosamente ligada, estableciendo entre ellos una especie de equilibrio y completando, por decirlo así, su organismo.

El amante ponía su sangre y la querida sus nervios, y vivían el uno en el otro, necesitando mutuamente sus besos para regular el mecanismo de su sér.

Pero acababa de producirse un desequilibrio; los nervios de Teresa, sobreexcitados, dominaban.

Lorenzo se halló de repente bajo la influencia de la joven, en pleno erotismo nervioso y su temperamento llegó poco á poco á ser el de una niña afectada por neurosis aguda.

Sería curioso el estudio de los cambios que se operan en ciertos organismos á consecuencia de determinadas circunstancias.

Estos cambios, que parten de la carne, no tardan en comunicarse al cerebro y á todo el individuo.

Antes de conocer á Teresa, tenía Lorenzo la pesadez, la prudente tranquilidad y la vida sanguínea de un hijo del campo.

Dormía, comía y bebía como un bruto.

A todas horas, en todos los actos de la vida cotidiana, tenía una respiración franca y fácil; estaba contento de sí mismo y hasta un poco embrutecido por su gordura; y apenas si en los profundos de su cuerpo indolente sentía algunos cosquilleos de aquellos que Teresa había desenvuelto en terribles sacudidas.

Ella había hecho surgir en aquel cuerpo grueso y flojo, un sistema nervioso de asombrosa sensibilidad.

Lorenzo que antes gozaba de la vida más por la sangre que por los nervios, tenía los sentidos menos groseros.

A los primeros besos de su querida se reveló en él repentinamente una existencia extremadamente nerviosa y punzante.

Aquella existencia decuplicó sus voluptuosidades, dió carácter tan agudo á sus deleites, que desde luego pareció como enloquecido, y se abandonó perdidamente á aquellas crisis de embriaguez, que jamás le había procurado su sangre.

Entonces se operó en él una transformación extraña: sus nervios se desarrollaron, predominaron sobre el elemento sanguíneo, y este solo hecho modificó su naturaleza.

Perdió su calma, su pesadez, y ya no vivió medio dormido.

Llegó el momento en que los nervios y la sangre se hallaban en equilibrio, y este momento fué el de goce profundo, el de perfecta existencia.

Después los nervios dominaron, y él cayó en las angustias que atormentan los cuerpos y los espíritus perturbados.

Por esto fué que Lorenzo temblaba á la vista de un rincón obscuro, como un niño asustadizo.

El sér medroso y huraño, el nuevo individuo que acababa de desenvolverse en el aldeano tosco y embrutecido, experimentaba los temores y las ansiedades de los temperamentos nerviosos.

Todas las circunstancias, las caricias feroces de Teresa y la fiebre del asesinato, le habían en-

loquecido, exaltando sus sentidos y excitando sus nervios con sacudidas bruscas y repetidas.

Había por último, llegado fatalmente al insomnio que trajo consigo la alucinación, y desde entonces Lorenzo cayó en una vida intolerable, en el eterno terror que le acometía sin tregua.

Sus remordimientos eran puramente físicos.

Su cuerpo, sus nervios irritados y su carne temblorosa eran lo que temían al ahogado, y su conciencia por nada entraba en sus terrores, pues no sentía el menor arrepentimiento de haber matado á Camilo.

Cuando se calmaba, cuando el espectro del ahogado no se encontraba allí, él habría cometido nuevamente el asesinato si hubiera creído que su interés así lo exigía.

Durante el día burlábase de sus miedos nocturnos, y se prometía ser fuerte, y regañaba á Teresa, á quien acusaba de su turbación.

Según él, Teresa era la que temblaba, la única causante de las escenas espantosas, durante la noche, en el dormitorio.

Luego que llegaba esta, cuando estaba encerrado con su mujer, el miedo le hacía sudar y le sacudían estremecimientos de niño.

De esta manera Lorenzo sufría crisis periódicas; crisis nerviosas que le atormentaban todas las noches, que trastornaban sus sentidos, mostrándole la faz verdosa é innoble de su víctima.

Hubiérase dicho que sufría los accesos de una espantosa enfermedad, de una especie de histerismo del asesinato.

El nombre de enfermedad, de afección nerviosa, era realmente el único que convenía á los espantos de Lorenzo.

Su rostro se convulsionaba, y sus miembros se ponían rígidos; conocíase que sus nervios se le anudaban y que el cuerpo sufría horriblemente mientras el alma estaba ausente.

El miserable no sentía arrepentimiento; la pasión de Teresa le había comunicado un mal espantoso, y hélo ahí todo.

Teresa también sufría profundas sacudidas.

Pero en ella la primera naturaleza no había hecho sino exaltarse extraordinariamente, pues desde la edad de diez años se hallaba trastornada por desórdenes nerviosos, debidos en parte al modo que tuvo de desarrollarse en la atmósfera tibia y nauseabunda de la habitación en que se criaba el pequeño Camilo.

Amontonábanse en ella temporales fluidos poderosos, que debían estallar más tarde en verdaderas tempestades.

Lorenzo había sido para ella lo que ella fué para Lorenzo: una especie de choque brutal.

Desde el primer abrazo de amor, su temperamento seco y voluptuoso se había desarrollado con energía salvaje. Sólo vivió para la pasión, abandonándose desfallecida á la fiebre que la consumía, y llegando á caer en una especie de estupor enfermizo.

Los hechos la agobiaban: todo le impulsaba á la locura.

En sus temores se mostraba más mujer que su nuevo marido: tenía vagos remordimientos y la acometían deseos de arrodillarse, de rogar al espectro de Camilo, de pedirle gracia, jurando aplacarle con su arrepentimiento.

Tal vez Lorenzo notaba esta flojedad de Teresa; y cuando el miedo les agitaba, se acercaba á ella y la trataba con brutalidad.

Las primeras noches no pudieron acostarse.

Esperaron el día sentados ante la chimenea, ó bien paseando de un extremo á otro de la sala, como en la noche de bodas.

La idea de echarse juntos en la cama, les causaba repugnancia, y de tácito acuerdo evitaron besarse y ni aun miraban el lecho, que Teresa desahacía por la mañana.

Cuando la fatiga les agobiaba, dormían en la butacas durante una ó dos horas, para despertar sobresaltados bajo la impresión siniestra de alguna pesadilla.

Al levantarse con los miembros ateridos, el rostro

ALFONSO DE...
Apdo. 2025 MONTAÑANA

salpicado de manchas lívidas, tiritando de malestar y de frío, se contemplaban con estupor, y se admiraban de verse allí, frente á frente, con extraños pudores, con vergüenza de mostrar su descorazonamiento y su terror.

Por otra parte, luchaban contra el sueño tanto como podían, y procuraban, desde los dos extremos de la chimenea hablar de mil cosas sin decir nada, cuidando mucho de que no decayese la conversación.

Mediaba entre ellos una larga distancia delante del fuego, y al volver la cabeza, les parecía que Camilo había aproximado una silla y ocupaba aquel espacio, calentándose los pies de una manera lúgubremente zumbona.

Esta visión, que habían tenido en la noche de novios, cada noche se reproducía.

Aquel cadáver asistía mudo y burlón á sus conversaciones íntimas, y su cuerpo, horriblemente desfigurado, que permanecía siempre allí, les atormentaba con una zozobra continua.

No osaban moverse, y se deslumbraban mirando las llamas.

Cuando invenciblemente echaban una mirada temerosa alrededor de sí mismos, sus ojos irritados por el fulgor de las brasas, forjaban la visión y le daban rojizos reflejos.

Lorenzo concluyó por no querer sentarse sin confesar á Teresa la causa de este capricho.

Ella comprendió que su marido debía ver á Camilo, como ella le veía; declaró que el calor le hacía mal, y que estaría mejor á alguna distancia de la chimenea; y arrastró su butaca hasta los pies de la cama.

Allí permaneció mientras su marido reanudaba sus paseos por la habitación.

Este, algunas veces, abría la ventana, y dejaba que el aire frío de las noches de invierno invadiera la estancia con su aliento glacial.

Esto calmaba un poco su fiebre.

Durante más de una semana los recién casados pasaron así noches enteras, reposando un poco

durante el día, Teresa detrás del mostrador de la tienda, Lorenzo en su bufete.

Pertenecían por la noche al dolor y al miedo.

Lo más extraño era la actitud que guardaban el uno respecto del otro: no pronunciaban una palabra de amor; fingían haber olvidado el pasado; parecían aceptarse y tolerarse como dos enfermos que sienten secreta piedad por sus comunes sufrimientos.

Abrigaban la esperanza de que se desvaneciesen alguna vez sus disgustos y sus temores, y ninguno de los dos pensaba, al parecer, en aquellas tristes noches, lo cual hubiera bastado para iluminarles acerca del estado verdadero de su sér.

Cuando permanecían de pie hasta el alba del siguiente día, hablando apenas, palideciendo al menor ruido, forjábanse la ilusión de creer que todos los recién casados se conducían de la misma manera en los primeros días de su matrimonio.

¡Era la hipocresía insustancial de dos locos!

Pronto el cansancio les agobió, y una noche decidieron acostarse.

No se desnudaron: echáronse completamente vestidos sobre la colcha temiendo que su piel se tocara, por parecerles que experimentarían una sacudida dolorosa al menor contacto.

Luego cuando se hubieron adormecido así durante dos noches, con sueño inquieto, atreviéronse á desnudarse y ensabamarse.

Pero permanecieron separados el uno del otro, y tomando precauciones para no tocarse.

Teresa se acostaba la primera y se arrimaba á la pared, y Lorenzo, esperaba que su mujer estuviese bien colocada, y entonces se decidía á acostarse en el borde del lado opuesto.

Había entre ambos un ancho espacio.

Allí se acostaba el cadáver de Camilo.

En cuanto los dos asesinos estaban metidos bajo la misma sábana, cerraban los ojos y creían sentir el cuerpo húmedo de su víctima, echado en medio de la cama, helándoles la carne.

Aquello era como un obstáculo repugnante que les separaba. La fiebre, el delirio, les acometía, y aquel obstáculo tomaba cuerpo; ambos lo tocaban extendido, semejante á un jirón verdoso y disuelto; respiraban el olor infecto de aquel montón de podredumbre humana, y sus sentidos se alucinaban dando una agudeza intolerable á sus sensaciones.

La presencia de aquel inmundo compañero de cama, les tenía inmóviles, silenciosos, angustiados.

Lorenzo deseaba á veces coger violentamente entre sus brazos á Teresa, pero no se atrevía á moverse temiendo que al alargar la mano habría de tocar un puñado de la carne blanda de Camilo.

Entonces suponía que el ahogado estaba allí entre él y su mujer, para impedirles que se abrazasen.

Acabó por creer que el ahogado tenía celos.

Sin embargo, algunas veces trataban de cambiar un tímido beso para ver lo que pasaba. Lorenzo se burlaba de su mujer, diciéndola que le besase, pero sus labios estaban yertos, como si la muerte se hubiese colocado entre sus bocas.

Sentían náuseas y Teresa temblaba con calofríos de horror.

Lorenzo, al oír el rechinar de sus dientes se ponía furioso contra ella.

—¿Por qué tiembles?—le decía.—¿Acaso te da miedo Camilo?... ¡El pobre infeliz no siente á esta hora ni el peso de sus huesos!

Ambos evitaban el confiarse la causa de sus terrores.

Cuando una alucinación levantaba ante uno de ellos la máscara del ahogado, cerraban los ojos, se reconcentraban en su terror y no se atrevían á hablar de su visión, por miedo de provocar una crisis todavía más terrible.

Si Lorenzo, en el colmo de la desesperación, acusaba á Teresa de tener miedo de Camilo, este nombre pronunciado en voz alta producía un aumento de angustia.

El asesino deliraba:

—¡Sí, sí!—balbuceaba, dirigiéndose á su mujer.—Tienes miedo de Camilo... Lo estoy viendo, ¡pardiez! Eres una estúpida que no tiene siquiera diez céntimos de valor. ¡Ah! duerme tranquila. ¿Crees que tu primer marido ha de venir á tirarte de los pies porque duermo contigo?

Esta idea, esta suposición de que el ahogado podía venir á tirarles los pies erizó los cabellos de Lorenzo que continuó con más violencia:

—Será necesario que yo te lleve una noche al cementerio... Abriremos el ataúd de Camilo, y allí verás qué montón de podredumbre... Entonces no tendrás más miedo. ¡El no sabe que le hemos arrojado al agua!

Teresa, con la cabeza envuelta en las sábanas, exhalaba gemidos sofocados.

—Le arrojamos al agua porque nos estorbaba... y le arrojaríamos aún. ¿no es verdad? No seas niña... Sé fuerte, Es muy necio turbar así nuestra dicha. Escucha, querida mía, cuando estemos muertos no seremos más ni menos dichosos bajo tierra por haber arrojado al Sena un imbécil, y habremos gozado libremente de nuestro amor, lo cual es una ventaja... Vamos, bésame...

La joven le besó helada, loca de terror, y él estaba tan estremecido como ella.

Durante más de quince días, Lorenzo se preguntó qué podría hacer para matar nuevamente á Camilo.

Le había arrojado al agua, y sin embargo, no estaba bastante muerto, pues volvía todas las noches á acostarse en la cama de Teresa.

Cuando los asesinos creían haberle dado una muerte segura y poder entregarse en paz á las dulzuras de su ternura, la víctima resucitaba para helar su lecho.

Teresa no era viuda y Lorenzo se encontraba espeso de la mujer de un ahogado.